

EL MUNDO

FOR LA SALUD DE ESPAÑA

EL COCO

El hombre es el lobo del hombre.

HOBBS

Yo no redimiré a mi hijo.

PRIM

Relegado a lugar distante el sueño generoso de la paz entre los hombres y convencidos de que la guerra es de hecho el estado natural en la tierra, no cabe que nadie reflexivo, adscripto a un sentir nacional, sea enemigo del Ejército. Cuando llega el momento de una codicia de fuera: de una invasión extranjera; de un atentado a esos valores primarios sin los cuales es difícil concebir la existencia individual y social: honor, respeto a la palabra dada, conservación de la propiedad... cuando todas las pasiones rompen los cauces de la idea para rasgar y penetrar en la zona del accecimiento material, de nada valen las apelaciones líricas a sentimientos nobles o justos, por muy razonable que sea nuestra situación. Hace falta como órgano supremo del Derecho la fuerza, la acción: la divina acción, que tiene también su nobleza, puesto que con ella el hombre se convierte en despreciador de la vida, triunfa sobre lo orgánico e instintivo, que es el amor a la existencia y la ofrenda y la sacrificio para mantener el territorio nacional, la integridad del solar de sus ascendientes; por defender el honor de sus trujeres; por librarse él y librar las generaciones sucesivas de la marca ominosa de esclavitud que flagela siempre a los pueblos dominados por el extranjero. En este sentido, la guerra es uno de los valores morales más altos. La guerra defensiva es guerra santa; y el hombre que no acude a ella, el que no defiende a su patria sólo merece el estigma y el baldón.

Y por eso el Ejército en cuanto profesionaliza esa necesaria función de guerra es preciso; por eso el Ejército en cuanto prepara en la paz los elementos que en la guerra darán el triunfo hay que amarlos; por eso el Ejército en cuanto se limita a desarrollarse y crecer dentro de su campo propio merece la consideración más honda y los sacrificios más grandes de los nacionales. Pero si el Ejército se convierte en una burocracia más; si el Ejército pierde sus cualidades de fortaleza y en vez de silenciosamente practicar su previo entrenamiento guerrero se dedica a utilizar la fuerza para aumentar sus haberes y no para adiestrarse en el combate y para adquirir material, ese Ejército ya no es el brazo armado de la Patria, es una guardia pretoriana, que sólo sirve para sostener una apariencia falsa de fuerza, mientras no haya enemigos que le ataquen y que al primer vendaval de la lucha cederá ante el enemigo.

Hay que esforzarnos todos—los que actúan en las esferas elevadas de la nación y los que nos movemos en oscuras posiciones modestas—en convencer a España de que si queremos conservar la independencia nacional, no podemos inhibirnos del problema del Ejército y que si seguimos así estamos expuestos a perderla cuando menos nos lo figuremos. Hay que desviar la idea de que solo los pobres tienen que ir al servicio,—que no debe llamarse del Rey, sino de la nación—; es preciso suprimir el soldado de cuota y que todos con completa igualdad cumplan este sacro deber; hay que marchar por todos lados para persuadir a la gente de que sólo la nación armada nos defenderá del extranjero; y esta nación armada sólo puede lograrse con un entusiasmo por el Ejército y por una depuración inmediata e implacable del mismo.

Los hombres civiles deben intervenir con decisión y audacia, re-

cordando que fueron ellos los que en momentos críticos organizaron los ejércitos que salvaron la independencia de las naciones: Carnot creó los batallones que afianzaron a Francia cuando la revolución y fué Cavour quien organizó las tropas piemontesas, cuyos triunfos trajeron el reconocimiento de la independencia italiana.

El presupuesto de guerra español que en 1914 era de 237 millones asciende en 1920 a 581, aumentando en diez años un 147 por 100. El contingente de fuerzas permanentes que era en 1909 de 80.000 hombres, sube en 1920 a 216.000.

Y después de estos máximos sacrificios, ¿qué tiene España? Nada. No hay ejércitos verdaderamente organizados de reserva y territorial; no hay defensa útil de costas; no hay material de puentes, teléfonos, ferrocarriles; ni aeroplanos ni globos, que ahora tienen que regalar los particulares; las grandes cuencas fluviales están abiertas al primer invasor; y mientras tanto la burocracia militar hace que sólo para el ministerio de la Guerra estén en Madrid adscriptos, entre generales, jefes y oficiales, 519 individuos. Esta es la exacta y amarga realidad.

En España, triste es decirlo, las famosas Juntas de Defensa que vinieron a exteriorizarse con el supuesto anhelo de mejorar los elementos guerreros, solo han servido para aumentar fabulosamente las plantillas; para hacer gastar a España más de 600 millones de pesetas por año, y después, cuando hemos tenido que repeler la agresión de unos salvajes, las tropas mal dirigidas y peor dotadas han ofrecido el espectáculo lamentable y desconcertador de ceder casi sin resistencia y perder todo el material. Esta es la dura verdad. Aparte, el Ejército español tiene un oficial por cada 17 soldados; el Ejército español tiene más generales que tenía Alemania en el momento en que se declaró la guerra; según el general Echagüe, el Ejército español tenía en 1914 cuatro coronales más que Austria y cinco más que Italia. ¿Podemos continuar así? No, y mil veces no. Amamos al Ejército y este le es preciso a España; pero hay que depurarlo. Someterlo a la crítica como todas las instituciones; y así curará desus llagas. Horroriza pensar que con los inlinitos millones gastados no podríamos poner en pie de guerra fuerza para defendernos de las divisiones portuguesas. Y hay que acabar con esas zonas de reclutamiento pobladas de 3.000 jefes y oficiales, casi inactivos, muchos de los cuales hasta viven en Madrid; hay que evitar que pase, como en Zeluán, que los aeroplanos estaban con los aviadores ausentes y mil cosas más.

Y hay que acabar con ese coco de las Juntas de Defensa, que no han servido nada más que para amedrantarnos a los españoles y que ahora no sirven para rechazar y vencer con rapidez la agresión de unas tribus salvajes. ¿A qué han ido a Melilla? Tal vez a dificultar la unión fiscalizadora del general Picasso. Si las Juntas de Defensa no se disuelven serán el preliminar del Soviet. Esas Juntas de Defensa que aquí conminaban con energía, ahora tienen ocasión luchando como voluntarios en Africa. Ese es su sitio. Y todos las aplaudiríamos, pero no cuando perturban la vida de España y van a hacer del Ejército, tan indispensable a la Patria, un burocracia más, con todas sus máculas y todos sus pecados inconfesables.

CESAR HUERTA

PEQUEÑOS TEMAS FILOSÓFICOS

LA SEMIHONESTIDAD

Los que andamos entre los treinta y los cuarenta otoños — y no aludimos, con el treinta y el cuarenta, a nadie — hemos conocido al tipo de la entonces señorita casadera.

Llevaba la falda por el tacón, bailaba rigodones y vales, muy separadita del danzarín. Si tenía novio, guardaba las apariencias con mamá, lo hacía de ocultas, y no concedía el tuteo sino cuando las cosas iban muy avanzadas.

Los papás de entonces eran unos señores irascibles, que usaban bastones amenazadores y barbas espantables.

La señorita casadera sólo tenía un novio, un caso dos, en toda su vida. La que contó tres, pasó por coqueta y casquiviana.

Y aquello estaba bien. Ante todo, era definido, categórico. Los donceles de entonces sabíamos a qué atenernos. La honestidad cristiana existía como un hábito social absoluto. Era cuando nadie discutía sobre religión, moral, patria, orden...

¿Ahora?

Ahora la señorita casadera — no todas, pero las suficientes para que hayan formado costumbre — lleva la falda por la rodilla. Luce a los diez y seis, a los diez y ocho años, sus ingenuas y bien contorneadas pantorrillas, con un desparpajo que asombra. Baila unas danzas muy americanas, enlaza al compañero, los alientos confundidos, mezclado el sudor de las manos, y juntos los talles... Se habla de tú con todos los muchachos. La ca sola o semisola con el novio. Tiene, no un novio, sino tres o cuatro a la vez, y les escribe cada epístola.

En lo único que sigue manteniéndose incólume es en lo tocante a cultura. Nada de avances peligrosos. Nada de novelas algo atrevidas, ni de comedias osadas. Mucho menos filosofía, empirismo, crítica, enciclopedia. Son artes del diablo que dejan confuso el pensamiento y la conciencia entre interrogantes.

Y uno, que va para viejo, y que penetra algunas veces la psiquis de las cosas, se pregunta:

—Bien. Esta semihonestidad, ¿para qué?

Aquello, lo de antaño, sí. Respondía a un concepto pristino e inmaculado, y aunque no fuera grato a los sentidos tenía nímbo poético y una especie de majestad serénica.

Esto ¿para qué? Atenas por fuera y Avila por dentro — en sus últimas consecuencias, sin duda — ¿para qué? Enseñar las pantorrillas, tutearse, fumar, andar entre brazos distintos en las danzas audaces, o con las sienes juntas, y luego ¿qué? Luego, marchar a casa y dejar al doncel boquiabierto.

Esta moral de ahora el cronista la halla ambigua y contradictoria, y por ende, absurda. El cronista no se asusta de nada. Es mas: entre la pagana licencia griega y el claustro deforme, preferir a la diosa Afrodita, blanca y sexual, desnuda y riendo. Pero una cosa u otra. Esto — exterior de fiestas atrodísticas e interior de monjío —, no.

Porque, además, tamaña manera de producirse las semivirgenes (no quiero emplear el gráfico vocablo de Quevedo) ha perturbado a los varones y ha formado el tipo andrógino del garzón actual, alfeñicado, con los dedos pulidos, chismorreador, que os habla del color de moda, del chaleco que ahora se usa en la hora vespertina para tomar el te con una dama crepuscular.

No se sabe si son machos o hembras. Son machos, pero llevan indumentarias femeniles, pantalones con pinzazos en las caderas, pañolicos leves, gabanes entallados y encinturados. Y así, los sexos parecen ir a confundirse hasta que las viejas ciudades del mundo sean unas Gomorras, al menos en su estética.

Se dirá que esto es mas libre, mas europeo, mas cosmopolita. Sin duda. Pero no es lo bastante. El día en que desaparezca por entero la moral cristiana, para llegar a otra moral futura, panfletista si la denomináis así, votaré por esta. Pero mientras no se pase de una evolución harto indefinida y desagradable, ensoñare lo de antaño.

Faldas largas, bailes separaditos, tuteos pudibundos, horror al pecado, mamás que se hacían las distraídas y papás irascibles, de bastones amenazadores y barbas catastróficas.

Luis Antón del Olmet

LOS POETAS

La hora del crepúsculo

Bajo los eucaliptos la infanta ya florida
hila las blancas perlas de casta cancioneta,
y prende en sus cabellos rosas blancas de vida
cogidas en las verdes rapias de una gloria.

Ciño la falda corta de nítidas orillas
la comba ligerísima de sus caderas vírgenes,
dando al aire las curvas de sondas pantorrilla,
sobre el empuje recto de armonicos origenes.

Yo, desde mi aposento, la contemplo sin prisas
de enumerar sus gracias, regias gracias de infanta,
escuchando el sonoro cascabel de su risa
que en mis meditaciones me extraña y me encanta.

Tú serás en las horas de insomnio y de vagancia
la Musa que recite mis versos inmortales,
y en un soneto inédito prenderé tu elegancia
con la riqueza ignora de abúlicos sayales.

Quiero ver en tu alegre despertar infantil
el abandono ingrave de tus cabellos rubios,
y aspirar de tu cuerpo blanco, lirio gentil
el mareante aroma que encierran tus effavios.

Yo seré un niño grande que juzgaré contigo
llevando en mis pupilas tu majestad de Lis,
y en tus tristes horas seré el mejor amigo
a la hora cenicienta del crepúsculo gris.

Mas todo son decretos, dulces melancolías
que al imposible truenan en fácil y halagüeño
voz del mar que rebullendo en la arena
cuanado me rinda en lagrimas su majestad del viento.

MANUEL DOMÍNGUEZ

SOCRATES

Ya la cuenta que su sangre hiela
de la vida los vinculos quebranta:
deja la carne muerta el alma santa
y, cual asiro de luz, rebullando y vueta.

Discípulos que estáis de centinela
en torno del cadáver, ¿no os espanta
ese inmenso fragor, que se levanta
y lato y muerte y lagrimas revela?

De lejana batalla el son parece,
o el huracán los bosques sacudiendo,
o voz del mar que rebullando crece,
Discípulos, oid: todo ese estruendo
es el antiguo mundo que perece:
son los dios es vendidos, van huyendo...

NARCISO CAMPILLO

El problema es fácil

Marruecos: he aquí la palabra preñada. Es abnegación y es sacrificio, es feacaso y es ruina es cobardía y es odio, es impopularidad y es sumisión, es insensatez y es necedad, es aliento y es desesperanza. Lágrimas y sonrisas, heroísmos y traiciones, afrentas y glorias: todo esto y aquello quiere decir Marruecos: es una palabra preñada.

Ver cómo se producen nuestros políticos de altura y abandonar toda timidez en punto a pensar en alta voz respecto de este problema, son cosas simultáneas. Hace pocos días hemos leído en todos los periódicos bajo una rúbrica, en gruesos caracteres que definen: Lo que opina Alhucemas, la siguiente trascendental declaración: Yo creo que la situación en Marruecos es delicada y que el problema es grave. Magnífico punto el del marqués ex-presidente del Consejo de ministros! Por timorato que yo fuera, ante él habí de sentir grandes ánimos para públicamente formular mi opinión en tal respecto. Y aún sin él, aunque mi opinión no interesara a nadie, yo he de exponerle: el problema afecta a la carne viva, y si he dicho que las lágrimas son el pus del sentimiento, bien puedo decir que la declaración es el pus de la idea, y que es necesario limpiar la herida.

Que la situación en nuestra zona de influencia sea delicada o gravísima, es cuestión que no importa al objeto de estas enutrias. Lo importante para mí es mirar al porvenir. Yo ni siquiera trato de investigar la obra del alto mando, a mí no me preocupa sino lamentar la desgracia, el revés sufrido por nuestras tropas. Sólo pienso que las guerras coloniales, en las que el enemigo vive en nuestra casa, se sienta en nuestra mesa, son extraordinariamente difíciles; en ellas el ataque ni puede prevverse ni siempre puede rechazarse. Solo de pasada he de señalar que mientras los pocos aeroplanos que España tiene lanzaban flores en Burgos festejando el centenario de una catedral como antes habían festejado el arma de caballería en Valladolid, en Marruecos se carecía de ellos, y cabe preguntar si esos aparatos son instrumentos de combate o medio de recreo. Lo importante, repito, es mirar al porvenir: miremos, pues.

Atacar bruscamente o retirarse: tal es el futuro que se desea por muchos. Profundo error es éste. Bajo un punto de vista sentimental y doctrinal, de buenos principios, no cabe más que la segunda solución. He aquí la gran vulnerabilidad, pero al mismo tiempo la gran verdad: España para los españoles, Marruecos para los marroquíes. En nombre de extender una civilización lo que buscamos, en nombre de comunicar una libertad que no disfrutamos, en nombre de ser portadores de nuevas buenas, nosotros que en nuestra península vemos cómo todo lo corre la careta, ni se puede ni se debe irumpir en un país que legítimamente pertenece a otras personas. ¿No fueron héroes los que rechazaron las invasiones de nuestra tierra? Pues seamos lógicos y no se hable de castigar o que se ha hecho a impulsos de un sentimiento tan noble como es ese que figura en todas las arengas patrióticas: el de defender a la patria. Porque los habitantes de Marruecos también tienen patria; también ellos quieren su independencia. Y nosotros, pueblo moderno, defensor de los santos principios que se dice iluminan al mundo, de libertad y soberanía para cada pueblo, si hemos de ser los que rompamos tales principios, los que ahoguemos en el prójimo una voz que salda de nuestros pechos como juzgado que nos enoñabraba?

Dejemos a un lado ese aspecto oramántico de la cuestión y veamos al egoísta. ¿Cuál debe ser nuestra actuación futura? El problema es uno, sencillo, de contabilidad, de contrastar la utilidad que Marruecos pueda proporcionarnos, con los gastos que tal utili-